



OBRAS BREVES DE
JACQUES
MARITAIN



043-10

LA ENSEÑANZA CRISTIANA DE LA
HISTORIA DE LA CRUCIFIXIÓN

Jacques Maritain

Esta carta, dirigida a M. Hayim Greenberg, director de la revista *Jewish Frontier* (Nueva York), a en agosto de 1944, se refiere a la ‘Carta a un Ministro Cristiano’, publicada por Hayim Greenberg en el número de agosto, 1939.

Estoy cordialmente agradecido a usted por haberme remitido su emocionante Carta a un ministro cristiano. No solamente la he leído con vivísimo interés, sino que admiro grandemente cómo ha sabido usted expresar la interpretación cristiana del misterio de la crucifixión de Cristo por el pueblo de Dios. No puedo dejar de pensar que el solo hecho de que un sabio judío, familiarizado con los más puros y profundos conocimientos de su tradición, haya llegado “desde afuera” a tal comprensión del punto de vista cristiano, es una señal inapreciable de la afinidad que existe entre el espíritu cristiano y el espíritu judío.

En todo caso, para un cristiano consciente del significado de su propio credo, la condenación y la muerte de Cristo representan un misterio divino, suponen la más terrible irrupción de los secretos designios de Dios en la trama de la historia humana; un misterio que sólo puede ser contemplado a la luz de la fe sobrenatural. Y tiene usted muchísima razón al afirmar que “mientras vuestros alumnos conciban este problema según el tipo de las historias de linchamiento o de fraude judicial, seguirán viviendo en un plano inferior, no metafísico, que nada tiene que ver con el cristianismo”.

Precisamente por estar yo tan de acuerdo con usted sobre lo fundamental de la cuestión, va a permitirme algunas observaciones. Y en primer término una crítica: la expresión de *culpabilidad trágica* no puede ser sino aproximada o deficiente, por estar muy próxima al concepto central de fatalidad. Mas desde el punto de vista cristiano (como asimismo desde el punto de vista del Antiguo Testamento) la falta no es *fatal*. Ella va incluida en el plan *irrompible* de la eterna sabiduría; no obstante la libertad humana sigue siendo real bajo la voluntad de Dios, y hace libremente el bien que Dios ha decidido eternamente predeterminar, o el mal que eternamente ha decidido permitir. (En este mismo orden de ideas Cristo no eligió a Judas *como a quien iba a traicionarle*. Él conocía *a aquellos* que había elegido: el griego emplea el plural (Juan, XIII, 18): “*No hablo de todos vosotros. Conozco a los que he elegido.*” Judas no era de ellos; y era conocido como quien-no-es-elegido, [1] Por lo demás, el ejercicio de la libertad humana en ninguna parte aparece más soberanamente dominado por el poder trascendente y la misericordia pre-ordenadora de Dios, que en la condenación de Cristo; revelase aquí infinitamente más patético que la trágica fatalidad de los griegos, y hacía que Pablo doblase sus rodillas para adorar. No obstante, la libertad y la responsabilidad subsisten, y por consiguiente también la falta.

1 Que no es elegido para la vida eterna. Judas fue elegido con los doce para el apostolado; y Jesús sabía desde el principio que le había de entregar. (Juan., VI, 65, 71-72). Mas eligiólo porque le amaba, no porque sabía que le había de entregar.

La falta fue cometida por un limitado número de personas, los príncipes de los sacerdotes y, en cierto modo, por la turba, ciega y cruel como lo fueron los que mataron a los profetas. Los cristianos, que saben que Cristo es la segunda Persona de la divina Trinidad, tienen muy fundadas razones para llamar a esta falta crimen de deicidio, pues de hecho fue así. Pero no pareció tal a la conciencia de los jueces: si hubieran sabido que era el Hijo de Dios, no lo hubieran condenado; y fue su pecado esencialmente una falta de fe y ceguera de corazón, y por eso no reconocieron a Aquel que los profetas habían anunciado. Sobre este punto los maestros e instructores cristianos deberían insistir sobre las palabras de San Pedro: “Yo sé que habéis hecho esto por ignorancia, lo mismo que vuestros jefes” (Act., III, 71), Y sobre las palabras de Jesús en la cruz: “No saben lo que hacen.”

Y al leer los Hechos y las Epístolas de San Pablo échase de ver que el principal reproche dirigido por los apóstoles a los judíos no era tanto la crucifixión cuanto el negarse a creer en el Cristo que sus sacerdotes habían crucificado, y que había resucitado de entre los muertos. Sus reproches a los judíos no eran ni más antisemíticos ni menos vehementes que los de Moisés.

Plantéase aquí, desde el punto de vista cristiano, otro misterio, el misterio de la solidaridad de Israel como pueblo con sus jefes espirituales, cuyo pecado iba a expiar ese pueblo durante largos siglos. Porque el pueblo de Israel es un *corpus mysticum*, una nación-Iglesia. El cristiano cree que, debido a ese prototipo de todos los crímenes clericales – la ceguera de sus jefes espirituales –, Israel falló a su misión, y que los judíos fueron privados del ejercicio actual de sus privilegios, y quedaron abandonados en el mundo, y que seguirán así desposeídos mientras no crean en su Mesías crucificado: las pruebas sufridas por tal o cual nación como consecuencia de las faltas de sus jefes políticos no pasan de ser una débil y degradada imagen de la solidaridad de que estamos hablando. Aquí, en cambio, a los ojos de un cristiano, nos encontramos en presencia de un traspié espiritual de un pueblo consagrado, y de las consecuencias que inevitablemente se siguen.

Y siendo Dios el supremo gobernante de la historia humana, tales consecuencias – la temporal deposición de Israel – pueden ser consideradas como uno de esos “castigos” de que nunca ha dispensado Dios a su pueblo amado. No obstante, este concepto no es válido sino desde el punto de vista metafísico y trascendental más elevado; y el castigo divino no es otra cosa que la misteriosa fructificación normal de los actos humanos, y la paciencia de Dios que espera la vuelta del hombre. Nosotros no sólo debemos hacer resaltar, como lo hace usted con todo derecho, que un judío de nuestros días es tan inocente de la muerte de Cristo como un católico de hoy lo es de la muerte de Juana de Arco o de la prisión de Galileo. Sino que debemos sobre todo afirmar que quienes deseen “castigar” a los judíos – que están en las manos de *su* Dios y de *nuestro* Dios – por el crimen del Gólgota, esos tales se hacen culpables de blasfemia y de sacrilegio; pues invaden estúpidamente, en interés de su propia malicia humana, los ocultos designios de Dios, insultan al amor con que espera a su pueblo, y levantan sus manos manchadas de sangre contra la misma Sabiduría eterna.

Debemos hacer notar además que ciertos lugares comunes de retórica – como la expresión de “raza deicida” que durante siglos ha empleado el vocabulario de los cristianos de la Gentilidad, quizás por móviles antisemitas, acaso por cierta rudeza de pensamiento –, van siempre cargados de virtualidades antisemitas que pueden derivar en malísimos sentimientos en la emponzoñada atmósfera de nuestros días. Los dirigentes cristianos tienen el deber de proscribir tales expresiones que son decididamente un contrasentido, y de purificar diligentemente su lenguaje de semejantes impropiedades debidas a la tan humana ligereza de espíritu y a la indiferencia de los gentiles a quienes importa poco lo que no les atañe a ellos directamente.

¿Quién dio muerte a Cristo? ¿Los judíos? ¿Los romanos? Yo le di muerte y se la doy cada día con mis pecados. No existe otra respuesta cristiana a esta pregunta, ya que Jesús fue voluntariamente a la muerte por mis pecados, cargando sobre sí la justicia divina. Judíos, romanos, verdugos, no fueron todos ellos sino instrumentos, libres y miserables instrumentos de su voluntad de redención y de sacrificio. Todo esto deberían los maestros del cristianismo enseñar a sus alumnos.

Busquemos descubrir el móvil más profundo de esta monstruosidad: cristianos antisemitas. Buscan éstos una coartada para su más íntimo sentimiento de culpabilidad por la muerte de Cristo de la que quisieran lavarse; mas si Cristo no murió por sus pecados, entonces no les alcanza su misericordia. En realidad esos tales quieren *no haber sido rescatados*. He ahí la más secreta y más perversa raíz en virtud de la cual el antisemitismo descristianiza a los cristianos y los encamina hacia el paganismo.

La regla de oro de la enseñanza cristiana en estas materias es bien sencilla: atenerse a San Pablo. San Pablo fue especialmente elegido para trasmitirnos la luz de la divina inspiración, las vistas de Dios sobre este asunto; es una vergüenza que tantos cristianos no conozcan las enseñanzas del Apóstol de los gentiles. Nunca me ha chocado tan profundamente la locura esencialmente anticristiana del antisemitismo como cuando, con ocasión de preparar un libro sobre San Pablo, reuní sus textos sobre el misterio de Israel. San Pablo enseña que “*los dones y vocación de Dios son inmutables*”, de modo que el pueblo de Israel continúa siendo “*siempre amado a causa de sus padres*” (Rom., XI, 28). Él mismo quisiera ser anatema en favor de sus hermanos “*los hombres de su raza según la carne, que son israelitas, a quienes pertenecen la adopción, y la gloria, y las alianzas, y la Ley, y el culto, y las promesas, y los patriarcas, y de quienes es el Cristo según la carne*” (Rom., XI, 3-5).

“Mas esto supuesto, pregunto: ¿están caídos para no levantarse jamás? No, por cierto. Pero su caída ha venido a ser una ocasión de salud para los gentiles, a fin de que el ejemplo de los gentiles les excite la emulación. Que si su delito ha venido a ser la riqueza del mundo, y el menoscabo de ellos el tesoro de las naciones, ¿cuánto más lo será su plenitud?”

“Con vosotros hablo, oh gentiles. Ya que soy el Apóstol de las Gentes, he de honrar mi ministerio, para ver si de algún modo puedo provocar a emulación a los de mi sangre y logro la salvación de algunos de ellos. Porque si el haber sido los más de ellos desechados ha sido la reconciliación del mundo, ¿qué será su reintegración, sino resurrección de muerte a vida? Porque si las primicias son santas, lo es también la masa. Si es santa la raíz, también las ramas.

“Que si algunas de las ramas han sido cortadas, y si tú, oh pueblo gentil, que no eres más que un acebuche, has sido injertado en lugar de ellas, y hecho participante de la savia que sube de la raíz del olivo, no tienes que gloriarte contra las ramas. Y si te glorías, sábetete que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti. Pero las ramas, dirás tú, han sido cortadas para ser yo injertado. Bien está; por su incredulidad fueron cortadas. Tú, empero, estás ahora firme por la fe; mas no te engrías, antes vive con temor. Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, debes temer que ni a ti tampoco te perdonará.

“Pues así como en otro tiempo vosotros no creíais en Dios, y al presente habéis alcanzado misericordia por ocasión de la incredulidad de los judíos, así también los judíos están al presente sumergidos en la incredulidad para dar lugar a la misericordia que vosotros habéis alcanzado, a fin de que consigan también ellos misericordia. El hecho es que Dios permitió que todas las gentes quedasen envueltas en la incredulidad, para ejercitar su misericordia con todos.

“¡Oh profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios: cuán incomprensibles son sus juicios, cuán inapelables sus caminos!” (Rom., XI, 13-33).

Ésta es la visión auténtica, la única auténtica visión cristiana del misterio del rechazo de Cristo por el pueblo elegido. En este sentido y con sentimientos de amor fraternal hacia las ramas del olivo del que los cristianos de la gentilidad fueron hechos participantes, debería ser presentado por los maestros cristianos el drama de la crucifixión. San Pablo añade además: *“Pues Él es la paz nuestra, el que de los dos pueblos, judío y gentil, ha hecho uno, rompiendo, por medio de su carne, el muro de separación, dirimiendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos en orden a ritos, para edificar en sí mismo los dos (judíos y gentiles) en un nuevo hombre, haciendo la paz, y reconciliar por la cruz con Dios a ambos en un mismo cuerpo, matando en ella las enemistades”* (Efes., 11, 14-16).